

rece su corazón, enerva sus sentimientos de bondad y apaga sus instintos de sensibilidad; y al malo le hace cruel, irritándole y exasperando sus malas pasiones con el sangriento espectáculo de tan bárbaras escenas.

Bajo este punto de vista, los toros son perjudiciales; todo centro de reunion donde el hombre, léjos de ilustrarse, vaya á cegar sus sentidos, llevándolos á un triste grado de embrutecimiento, es esencialmente peligroso. Hoy lo que necesitan las masas es ilustracion, cultura, un ancho campo donde la inteligencia pueda brillar y donde saquemos genios que llenen la patria con los luminosos rayos de sus espíritus. ¡Ah! ¡cuántos talentos morirán oscurecidos en medio de esa multitud, por no tener una luz que les guie, un faro que les enseñe el camino de la verdad y de la ciencia!...

Perdon, lectoras mias; contra mi costumbre, me estravió; ¿pero no es verdad que sentís lo mismo que yo?... Vosotras, almas dulces, tímidas, sensibles, no podeis hallar agradable ninguna escena de ferocidad, de muerte y de cruel ensañamiento.

Sentado esto, prosigamos nuestro relato.

La marquesa, cuyo genio desapacible estaba aun mas ágrío por los incidentes que habian tenido lugar, se fué á su cuarto, no sin regañar al paso con los criados por el mas insignificante motivo; pues ella en todo hallaba motivo de discordia.

Diminuto la presentó una carta.

—De Maravillas, dijo ella para sí, reconociendo la letra.

Apenas estuvo sola, la abrió. Hé aquí su contenido:

«Mi dulce Cristina: me desvivo por complacerte; anoche por fin pude ver á los negros, y con el eficaz argumento de unos cuantos pesos, convinieron en cuanto quise; de manera que el próximo domingo, á las diez de la noche, nos aguardan; podemos penetrar por una puerta falsa, y sin riesgo recorrer todo el palacio con entera seguridad.

» No quiero visitarte porque, como señal de alarma, he visto la cinta encarnada en tu balcon; pero te escribo y aguardo impaciente tu contestacion.

Tu fiel y rendido A. G. M.»

—¡Oh! ¡gracias á Dios!... ya por fin conseguí mi mas ardiente deseo; voy á penetrar en ese odioso palacio, á descubrir los secretos de su estravagante moradora y quizá á encontrarme con mi hija frente á frente, para que me explique el enigma de sus palabras y el de su estraña conducta. No importa que me descubran, puesto que tengo una disculpa tan bonita con decir «vengo á buscar á mi hija.»

Esta buena noticia disipó algun tanto las nubes de su mal humor. Se sentó en su elegante escritorio, y tomando un perfumado papel de color de rosa, escribió:

«Mi amigo mas querido: gracias por tu eficacia, gracias por tu cariño y por tus delicadas atenciones. El domingo acometeremos esa al parecer tan arriesgada empresa; quizá vayamos solos; mi marido y D. Severo hállanse bajo la impresion de una borrasca tremenda; siquiera probaré á que nos acompañe el último por tener el placer de lanzarle en la leonera.

»Adios; te aguardo esta noche y sabrás lo que significa la señal de alarma puesta en mi balcon.

»Tu siempre A.

Cristina.»

Cerró esta carta con lacre y su sello, y llamando á Diminuto, se la entregó para que la llevase á su destino; lo cual hizo el fiel criado, no sin haber permitido antes que Martinica sacase una copia tanto de esta, como de la otra, volviendo á cerrarlas sin inconveniente, puesto que hubo de adquirirse para los casos análogos lacre y sellos iguales á los que usaban sus señores y todas las personas á quien tenia el encargo de espiar.

Dicho esto, se comprenderá que Blanca tuvo conocimiento de las cartas, y obró con arreglo á ellas segun juzgó mas conveniente.

La marquesa hizo pasar recado á su marido, que deseaba hablarle; á lo cual éste se presentó él mismo en el gabinete de su muger.

Llegó asaz preocupado y taciturno; la palidez de su semblante habia crecido, y la mirada hosca y densa de sus grandes ojos, era sombría y amenazadora. Su ademan, su continente, el fruncimiento

de sus cejas y la impertinente altanería de Cristina, todo en ellos anunciaba que se preparaban borrascas matrimoniales en la estraña pareja conyugal.

—¿Me has llamado? dijo él dejándose caer en un sofá y sin dignarse alzar la vista sobre su cara mitad.

—Sí; me debes una esplicacion, porque ciertamente tu conducta para conmigo es bien estraña.

—En tal caso, guardará muchos puntos de analogía con la tuya; pues hay en tu vida ciertos misterios que no comprendo, ciertos secretos tenebrosos quizá que no se me han revelado, y yo me creo con derecho para saberlo todo; pero para saberlo, no por la impetuosa exigencia de un marido ultrajado, sino por la confianza íntima y persuasiva que merece el amigo, el confidente de tantos años.

—Tu lenguaje es enigmático; y en verdad que no lo comprendo, dijo ella permaneciendo de pié enfrente de su marido y apoyado el brazo derecho en el respaldo de una butaca, mientras su mano izquierda jugueteaba con los flotantes cordones de su magnífica bata de raso azul y blanco.

—¿Quieres mas claridad? contestó él mirándola por primera vez.

—Lo deseo; la franqueza ante todo.

—Bien; pues dame tú la esplicacion de las acusaciones que te han lanzado en presencia mia, tu hija y aquella sombra funesta que ha dado en llamarse la condesa de Paraná, y que para tormento de mi espíritu, la encuentro donde quiera que voy.

—¿Has vuelto á verla?

—Sí; ella está en todas partes.

—¿Y dónde la viste?

—En el palacio de Blanca la Estrañera.

—¡Oh!.... ¡esa muger!.... ¡esa muger!.... murmuró la marquesa con una espresion indefinible de amenaza.

—Cuando perseguíamos á Tránsito, la ví en los jardines del palacio; nuestra hija corrió á refugiarse en sus brazos, y ella con un ademan imponente nos detuvo, arrojándonos dos leones, cuyo ru-

gido sentí cerca de mí, y cuyo aliento llegó á calentar mi rostro.

—¡Pero eso es una cosa sobrenatural!....

—¡Oh! sí, ciertamente; no sé cómo calificar lo que nos pasa; yo me ví en las garras de las fieras; me aturdí; el terror sin duda me hizo perder el sentido; ello es que al volver en mi acuerdo, me encontré á la puerta de casa.

—¿Y tendrías valor para entrar en ese palacio, de noche y alumbrado por la luz de la luna?

—¡Qué disparate! Ni pensarlo; no lo intentes jamás, exclamó el marqués estremeciéndose, con los ojos cerrados y alargando el brazo como apartando de sí la vision que siempre le perseguía.

—Corriente; entonces yo entraré; necesito buscar la clave de muchos enigmas, y acaso la encuentre allí.

—¡Quién sabe lo que hallarás en aquel paraiso ó en aquel infierno; pues de uno y de otro tiene trazas.

—Aunque no encuentre nada, veré á Tránsito y palparé por mis propios ojos todas esas asombrosas maravillas.

—Quedas en libertad completa.

—Gracias; siempre te he debido la libertad y el desvío; nunca la proteccion y el amor.

—Tampoco te he debido á tí la confianza que mis derechos reclamaban, y que estoy dispuesto á exigir por el imperio ó por el cariño, como gustes.

—Y bien: ¿qué es lo que deseas saber?

—La confesion de tus culpas; porque yo no dudo que eres culpable y en grado muy superior; hace tiempo lo sospeché; Tránsito y esa sombra que la protege y nos persigue á nosotros, me han hecho adquirir una certidumbre.

—¿Quieres saber mis extravíos pasados?....

—A todo trance.

—Mas valdria que los ignorases; ¿á qué amargar tus sinsabores con el relato de una desdicha ó de una culpa, como se la quiera llamar, que no ha llegado á ofenderte, porque sucedió antes de que nos conociéramos?

—No importa; quiero saberlo todo; ¡habla!.... ¡habla!

—Puesto que tu resolucion es irrevocable, escucha.

La marquesa, sentándose al lado de su esposo, dijo lo siguiente:

CAPITULO XXI.

Continúa el anterior.



Que nací en Búrgos, lo sabes; pues-
to que viste mi fé de bautismo;
que mi padre se llamaba Adal-
berto Guanter, lo sabes tambien;
lo que ignoras y en lo que he
faltado al no confesártelo, ha sido al hacerte creer
que habian muerto, cuando viven, los autores de
mis dias.

—¡Oh! esa fué una falta imperdonable. ¿A qué
engañarme?

—Ahí está mi culpa; seducida, vilmente arras-
trada por un hombre á quien amaba, abandoné
el techo paterno y me vine á Madrid cuando ape-
nas tenia quince años; pobre, inocente, sin la
esperiencia del mundo, enamorada con loco fre-
nesí de un seductor infame, ¿cómo habia de te-
ner la fortaleza suficiente para librarme de sus redes y resistir el
impulso del torbellino cortesano?....

—¿Y aquel hombre te engañó?

—Infamemente; abandonándome despues que el mal era ir-

remediable, porque ya llevaba en mi seno el fruto de nuestro amor.....

Cristina, al decir esto, bajó la cabeza con hipócrita candor. Su marido sentía subirle al rostro el ardor de la ira; se pasó la mano por la frente, la puso luego en el corazón como para contener sus latidos, y exclamó con voz imperiosa y breve:

—Prosigue..... sepamos hasta el fin.....

—¿Qué mas te diré?... mi hijo nació..... el conde le recibió en sus brazos, se alejó con él no sé si á las Américas, y no he vuelto á ver ni al uno ni al otro.

La marquesa sabía mentir con mucha serenidad y presentar las cosas á su favor de una manera admirable. Su acento de convicción era tal, que sin muchos esfuerzos, D. Alvaro llegó á creerla y hasta la compadeció. Solo faltaba una lágrima y un ahogado suspiro para que el cuadro tuviese todo el tinte patético que necesitaba para conmover el corazón que anhelaba ganar á su favor, cuyos poderosos auxiliares no faltaron, siendo manejados por la sagaz cómica con un arte diabólico y altamente persuasivo.

—¿Y el título de ese conde, cuál es? preguntó el marqués trémulo de coraje.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Lo exijo; ¡su nombre, si deseas mi perdon! ¡su nombre!.....

—Fué el conde del Olivo.

—Está bien; ahora te disculpo; tú obraste segun las circunstancias; te casaste conmigo sin decirme que tus padres vivian, porque entonces ellos hubieran sabido tu paradero y porque todo el pueblo de Búrgos habria arrojado sobre tu frente la falta que cometiste, abandonando, por seguir á un hombre, el hogar de tus padres; pero lo que no podré nunca disculpar, es tu falsía, tu traición al ocultarme esa falta y el doble desliz; pues á saberlo, nunca hubiera dado mi mano á una muger que ya era madre.

—Entonces acaso tampoco ocuparias el puesto que hoy te concede la sociedad.

—Y nuestro crimen..... dilo de una vez..... nada importa.

—Pues bien, si, nuestro crimen; yo te presenté las convenien-

cias de efectuarle; puse en tu mano el veneno; y tú, con la ayuda de fray Severo, mandastes al otro mundo al marqués de Blancarosa. Sin este acontecimiento, hubieras vivido siempre miserable, bajo su odiosa dependencia, sin rango, sin consideraciones, sin fortuna; y merced á mi atrevimiento, á mi resolucion, gozas todos esto y vives desde entonces respetado y feliz. ¡Niégalo, si te atreves!

—¡Oh! ¡nunca!.... te debo mi posicion; pero tambien te debo los remordimientos que me acosan; tambien te debo la vergüenza de que ese conde del Olivo me vea un dia y se sonría con desprecio.

—En cuanto á eso, no temas; él me conoció con el nombre de Rosa, y no es fácil que hoy me conozca. Otro temor me inquieta mas, y debe inquietarte á tí.

—¿Cuál es?

—La presencia de mis padres, que viven en Madrid y me buscan por todas partes.

—¿Te buscan? ¿Luego á eso aludia Tránsito?

—Sí; ella no sé cómo se ha enterado de mi secreto, y pretendia hacerme creer que aquel jóven pintor era hermano mio.

—¿Y será verdad?

—Lo ignoro; sin embargo, me inclino mas á dudarlo, que á creerlo.

—Y si tus padres te conocen, ¿qué harás?

—Desorientarlos; hacerlos creer que aunque llevo el nombre de su hija, no lo soy; tú me ayudarás, si fuere necesario; porque á descubrirse esto, mi reputacion recibiria un golpe de muerte, y sabes que en la engañosa sociedad en que vivimos, basta salvar las apariencias para ser atendidos y considerados.

—¿Y tendrás valor para negar á tus padres?

—¡Yo tengo valor para todo!.... sóbranme audácia y corazon para llevar á cabo las mas temerarias empresas; tú sabes muy bien que por tal de conseguir el objeto que me propongo, no me arredran los obstáculos.

La manera resuelta, el gesto con que la marquesa pronunció estas palabras, hubieran hecho conocer á otro que el marqués, pues él lo sabía perfectamente, de lo que su muger era capaz.

La tenia miedo, y calló; por otra parte, su conversacion no hubiera continuado en aquel terreno, porque un criado se presentó anunciando á D. Severo.

—Que pase al salon, dijo el marqués.

—No; hazle pasar aquí, añadió la marquesa haciendo con la mano un ademan indicando al marqués que se volviera á sentar.

Éste obedeci6. Instantes despues entraba el exfraile haciendo ridiculas cortesías.

El apergaminado color de su rostro era mas lívido; en su astuta fisonomía, impenetrable de ordinario, se notaba algun abatimiento.

Despues de los primeros saludos, se dejó caer con cierto aire de cansancio en un sofá.

—¿Está V. enfermo? le preguntó la marquesa.

—¡Qué ocurre, amigo mio! exclamó el marqués.

—¡Oh! ¡estoy perdido!.... ¡perdido!.... murmuró casi sin alienar el interpelado.

Una complacencia infernal se pintó en el rostro de Cristina, al paso que una compasion profunda en el de su esposo.

—¿Pues qué sucede? le preguntó éste con ansiedad.

—¿No se ha presentado por aquí otra vez la sombra de la difunta condesa? dijo D. Severo con voz apenas perceptible.

—¡Qué! ¿V. ha vuelto á verla?.... dijeron ambos esposos con cierto temor, no sin dirigir en torno suyo una mirada recelosa.

—¡Ah! sí; en todas partes se me aparece.

—¡Qué dice V.! Pues nosotros la vimos aquí noches pasadas; yo habia mandado llevar su retrato á la buhardilla, y ella lo colocó en el salon; despues ha ocurrido aquí una borrascosa escena con Tránsito; ésta corri6 á refugiarse al palacio de la Estranjera: Alvaro la sigui6, penetr6 en los jardines, y lo primero que se le presentó en ellos, fué la figura ó la sombra de esa malhadada condesa.

Cristina, al decir esto, bajó la voz como si temiera que la oyesen.

—Entonces te sucedió lo que á mí: en todas partes hallo á esa muger, siendo un obstáculo á mis deseos.

—¡Oh! ¡Cuéntenos V.!.... sepamos lo que le ha pasado.

—Hace algunos dias me dirigí á mi casa de campo; Renata iba conmigo; de pronto el caballo que ésta montaba, se asustó de una mata, y desbocándose, emprendió á escape y la arrojó. Por casualidad pasaba por allí, pues salía de la quinta de la Retama, un caballero, el conde del Olivo.....

—¡Qué dice V.!.... ¡el conde del Olivo!.... exclamaron á un tiempo los dos esposos interrumpiéndole.

La marquesa, al escuchar este nombre, se habia puesto pálida; el marqués, rojo de indignacion.

—Sí; el amante, segun creo, de esa muñeca abandonada por el calavera de Mendoza.

—¡Su amante!.... murmuró con ira Cristina.

—¡Oh! ¡ya le encontraré!.... exclamó para sus adentros el marqués con los puños crispados.

—Y bien, prosiga V., dijo la marquesa reponiéndose instantáneamente.

—Como iba diciendo, el conde recogió á mi sobrina.

—Y la entró en la quinta, ¿no es eso?

—Justo; allí llamaron á un médico, y prodigándola toda clase de auxilios, la metieron en la cama y se les antojó privarme la entrada, bajo el pretexto de que la niña me aborrece.

—¡Qué cosa mas estraña!.... ¿y es verdad?

—Cierto; ella tiene motivos para no quererme bien, como yo los tengo para odiarla con mis cinco sentidos.

—¡Válgame Dios! ¡y yo que le juzgaba á V. su rendido amante!.... dijo la marquesa.

—¡Hé ahí, señora, lo que tiene hacer juicios temerarios. Aquí mi amigo Alvaro podrá decir á V. los lazos que me unen á esa niña.

—¡Ah! ¡cómo yo no estoy en sus secretos!.... exclamó Cristina.

—No ha habido ocasion de hacérselo comprender.

—Sigue con tu relato; que yo me encargo de satisfacer la curiosidad de Cristina.

—Pues bien: se me prohíbe en la quinta de la Retana, no solo usar de mi derecho llevándomela á mi casa, sino ni aun verla; luego voy á pasar de un salon á otro y se me presenta delante la mismísima figura que la noche del baile, diciéndome con voz cavernosa:—«Sal de esta casa y no vuelvas; ten entendido que protejo á los huérfanos de Alvarez Leal, cuyos bienes disfrutas y de los que responderás un dia.»

—¡Esa muger todo lo sabe! interrumpió la marquesa.

—Yo quedé tan aterrado, que no sabía lo que me pasaba; sin embargo, aun la oí decirme: «asesino del marqués» Me quedé mas espantado, si cabe, todavia, porque llegué á comprender que se halla enterada de todos los secretos de mi vida.

—Y de la nuestra, dijo la marquesa; cosas habia que yo guardaba en el fondo de mi alma creyéndolas ignoradas de todo el mundo, y ella las ha revelado en alta voz, de modo que mi hija ha llegado á comprenderlas; nos juzga culpables y se nos insubordina corriendo á buscar refugio en los brazos de otro palpable misterio, tan inconcebible como el de que nos ocupamos.

—¡La Estranjera!

—Justo; no sé por dónde mi hija ha podido estrechar relaciones con ella, cuando nadie la vé ni la conoce.

—Deja que fray Severo prosiga contándonos su aventura, exclamó D. Alvaro interrumpiendo á la marquesa.

—Sí, sí, continúe V., repuso ésta.

—Como iba diciendo, abandoné la quinta de la Retama, me vine á mi casa, varié de trage, corrí, descansé un rato, haciendo tiempo para ir á buscar á un sugeto que ha sido por espacio de quince años el encargado de Renata. Hay que advertir que este sugeto habia sido buscado aquella misma mañana no sé por quién, ofreciéndole doscientas onzas por revelar el secreto del nacimiento de la niña; él vino á consultarlo conmigo, y en una palabra, á manifestarme que si no le daba igual cantidad, lo revelaria. Francamente, creyéndolo una farsa, deseché su proposicion sin darle cré-

dito, figurándome no habria quien se desprendiese de una cantidad tan respetable por adquirir la evidencia de un hecho que á nadie debe interesar. Empero, ciertas palabras pronunciadas por el médico que asiste á Renata, hicieronme concebir sospechas, y esta idea me llevó á casa de mi confidente, á ver si me habia vendido. Efectivamente, voy; mas al llegar á la escalera, es un portal del Lavapiés, sucio y oscuro, lo primero que encuentro es nuestra sombra, que dos horas antes se me representó en la quinta de la Retama.

Un estremecimiento de terror me hizo dar un salto tremendo, que me sacó fuera del portal. Ella, envuelta en un largo manto, fué adelantando pausadamente; el terror me tenia clavado junto á la pared, pasó cerca de mí y me dijo en el mismo tono y con la misma cavernosa voz que en la quinta:

—«Es inútil que subas; tu confidente ha revelado tu traicion por doscientas onzas, y ha vendido las pruebas de ella por otras tantas; por consecuencia, retírate, que llegas tarde.»

Estas palabras, que indicaban mi perdicion, me hicieron temblar;..... la sombra desapareció; y yo, apenas repuesto de mi susto, quise subir á cerciorarme por mi amigo de la espantosa verdad; pero hallé la puerta cerrada, sin que nadie respondiese á mis repetidos llamamientos. El hueco del ventanillo le cubria un papel con estas palabras, escritas en gruesos caracteres: «Es tarde.»

—¡Eso es horrible!.... murmuró el marqués tan pálido como D. Severo.

—¡Aquí hay gato encerrado! murmuró la marquesa pensativa y sin dejarse dominar en un todo por la supersticiosa idea que acobardaba á sus cómplices.

Don Severo alzó la cabeza y prosiguió con su voz áspera y chillona:

—Este acontecimiento me ha tenido á las puertas de la muerte; repuesto algun tanto, vengo á buscar consuelo á mi dolor, á mi angustia, y á que me ayudeis á conjurar esta tormenta.

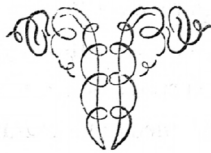
—¡Y cómo conjurarla, si nos vemos amenazados de igual peligro! dijo el marqués.

—¡Oh! ¡estoy loco!.... ¡no sé qué hacer!....

—¡No hay que abatirse, señores! exclamó Cristina. El domingo á las diez de la noche voy á penetrar en el palacio de la Estrañera, ¡quién sabe si de allí sacaré el hilo de esta trama!.... necesito que me ayudeis, y si quereis la salvacion, acompañadme.

Los dos amigos se miraron uno á otro, y como si mutuamente se hubieran prestado resolucion, exclamaron á un tiempo:

—¡Iremos!.... y ¡salga lo que saliere!



CAPITULO XXII.



La colonia.



TIEMPO es ya, mis amables lectores, de que conozcais la hermosa y saludable colonia que con el nombre de Santa Clara habíase construido fuera de la puerta de Alcalá á expensas de la condesa Blanca.

Era un barrio entero de preciosas casas iguales casi todas, con seis ú ocho habitaciones cada una, que por un precio módico podian adquirir los industriales y familias pobres que, disfrutando de un continuo sueldo, solo pueden habitar en el centro de la corte las buhardillas y quintos pisos.

Por el mismo precio que les costaba en Madrid un chiribitil insalubre, lóbrego y con un ascenso de ciento y tantos escalones, encontraban en la colonia cuatro ó cinco piezas desahogadas, claras, bien ventiladas y con poca escalera.

Esta inmensa ventaja, que Blanca, llevada de su ardiente amor á la caridad y sin otra mira que la de hacer bien, proporcionó á las clases pobres, fué admitida prontamente y recompensada con el

santo cariño y el inefable entusiasmo que la prodigaron aquella multitud que ocupó, enseguida que estuvieron dispuestas, todas las casas de la colonia.

Formábanla cuatro calles dispuesta como una cruz; en el centro se extendía una hermosa plazuela con una gran fuente en medio, cercada de un lindo jardinito. Los surtidores formaban juegos hidráulicos, elevando el agua á una gran altura y comunicando á aquel sitio una deliciosa frescura.

Los vecinos no tenían necesidad de acudir á este manantial, porque en todas las habitaciones tenían fuentes, en algunas dos ó tres caños, y en muchas además el agua necesaria para los jardines.

Cuatro suntuosos edificios formaban la linda plaza. Eran un hospital; enfrente el palacio de la condesa; á la izquierda la iglesia; á la derecha un gran establecimiento de beneficencia, que tenía tres departamentos, comprendidos en esta forma: primero, casa de curacion; segundo, inclusa; tercero, escuelas públicas para niños y niñas, estando los primeros en el piso bajo, y las segundas en el principal.

Además había, contiguos á la iglesia, varios edificios destinados á objetos benéficos; uno de ellos se destinó para asilo de mendicidad, y otro para fábricas, donde se daría trabajo continuo á centenares de familias.

Blanca no tenía todavía su palacio en disposición de habitarse; sin embargo, no por eso dejó de visitar su colonia, haciendo que los trabajos marchasen con rapidez y con el orden mas invariable.

Todo se hizo á su gusto y segun sus disposiciones. Las obras de decorado y ornamentacion estaban completamente terminadas en los edificios destinados para casas de caridad. La de curacion se estrenó recibiendo la primera á Rosa-Pálida, la pobre idiota huésped del cementerio.

Las escuelas inauguraron sus tareas admitiendo como primeros alumnos á los tres hijos de Rita y Geroncio Maravillas. La niña, aunque pequeña, abrió también las clases destinadas á la femenina seccion.

Adalberto y su mujer Carmela habitaban un lindo cuarto bajo

con jardín; disfrutaban una pension que les señaló la condesa, y vivian solos con una criada, sumamente felices y descuidados en cuanto á la parte material de su existencia. El cuarto principal de la misma casa estaba destinado á Rita, para que con sus hijos pudiera gozar de una completa independencia.

La tarde á que me refiero hallábanse los dos ancianos en el jardín, acompañábalos su hija.

Escuchemos su conversacion.

—Pues mira, Rita, decia Adalberto: por mas que lo sientas, nosotros debemos obedecer sin replicar siquiera las órdenes de la señora.

—¿Pues que no soy yo la primera á respetar sus menores caprichos? dijo Rita.

—Sí; pero acabas de manifestar tu sentimiento por haber dejado en libertad á Geroncio.

—Pues ahí se vé mejor el mérito de mi obediencia; porque deseando una cosa y teniéndola en mi mano, me privo de ella solo por complacer á la señora.

—Ciertamente, tienes razon, Rita, dijo Carmela; yo por mí sé decirte que de buena gana hubiera dejado que los leones le devorasen.

—¡Pero qué susto llevó!... y los astutos de los negros, que se disfrazaron de fieras, lo hicieron á las mil maravillas; él se creyó rodeado de diez ó doce panteras que le iban á devorar en dos minutos.

Rita se referia á la escena que tuvo lugar en el palacio de Blanca la noche que Geroncio, burlando la vigilancia de los porteros, penetró en él, y cuyas consecuencias refirió el mismo Maravillas á la marquesa de Blancarosa.

—La conducta que ha usado con nosotros, merece un castigo severísimo, dijo Adalberto, y yo no dudo que le obtendrá cumplido; porque todo culpable sufre en este mundo y en el otro las consecuencias de sus faltas; dejémosle, pues, en libertad, puesto que la condesa Blanca lo desea, y ocupémonos en disfrutar tran-

quilos los beneficios que, por recomendacion de la generosa Tránsito, nos dispensa.

—¡Ay! ¡pobre ángel querido!... exclamó Carmela; ¡quién me habia de decir que era hija de esa pérfida Cristina!

—Sí; es nuestra nieta..... ¡y acaso ella no lo sepa! dijo Adalberto.

—Sí, ¡lo sabe, abuelo mio, y viene á reparar las faltas de su madre! exclamó la misma Tránsito precipitándose en sus brazos.

Pocos momentos antes habia entrado en el jardin la dulce niña, y avanzando despacio hácia el grupo que formaban sus abuelos, pudo escuchar sus últimas palabras, contestando á ellas con tanta oportunidad.

—¡Hija querida!... exclamaron los dos ancianos, besando en el colmo de la alegría la frente y los cabellos de la jóven.

—¡Qué felicidad!... yo tambien quiero abrazarte, decia Rita, tú nos has hecho felices..... y te debemos un amor sin límites, que te prometemos desde luego.

—Le admito gustosa, aunque no le merezco, porque todo se lo deben á la condesa, no á mí.

—El cielo te guió sin duda á nuestra mísera buhardilla, para que no desfalleciéramos de hambre, repuso el viejo.

—Y para salvar de la muerte á Ildemaro, añadió Rita.

—Eso no; únicamente fui allí para devolveros pura y sin mancha una hija que abandonó vuestra casa en un momento de desvarío; pues desde hoy, olvidándola como si no hubiera existido, vengo yo á ocupar su lugar.

—¡Tú, querida Tránsito!... ¿tú ocupar el lugar de la pérfida Cristina? exclamaron los ancianos.

—Sí, el sitio que ocupaba en vuestra casa y en vuestro corazon cuando era inocente.

—¿Y le cambiarás gustosa por la elevada posicion que hoy tienes en el mundo como hija de los opulentos marqueses de Blancarrosa?

—Tan gustosa, que vengo decidida á reclamarle, si me le con-

cedéis, y si no, la caridad me abrirá sus brazos, seré hija de San Vicente de Paul.

—¿Entrarás en una orden religiosa, si te rechazamos?....

—Desde luego; ya he abandonado la casa de mis padres para no entrar en ella jamás.

—Pero te buscarán, tienen derechos sobre tí.....

—No es posible que vengan á arrancarme de vuestro lado; en todas partes acaso me buscarán, menos aquí, si es que concedéis un asilo á la pobre emancipada....

—¡Sí, hija mia! si nos traes la felicidad, ¡cómo no abrirte nuestros brazos! dijeron estrechándola de nuevo contra su corazón.

—Y bien, yo me haré digna de su amor; y con mis cuidados y leal conducta, conseguiré, no solamente merecer su aprecio, sino el perdón de mi madre.

—¿Tú sabes á dónde llega su culpa? exclamó Adalberto.

—¡Pretendes un imposible!... ¡es una infame! dijo Carmela.

—Y cuando yo me ofrezco en expiación de sus faltas..... ¿no bastará mi vida entera..... el sacrificio de todos mis goces, de toda mi fortuna para conseguir rehabilitarla en el concepto de Vds.?

—Nunca; solo conseguirás ensalzarte, humillándola con el edificante ejemplo de tus virtudes.

—Dejadme siquiera intentarlo.

—Sí, hija mia, sí; lo que tú quieras; ya te convencerás de sus maldades.

—Estoy convencida; por eso he abandonado su hogar, que no puede habitar sin maleficiarse ninguna jóven de sentimientos nobles y de legítimas aspiraciones.

—Vive, pues, en esta modesta casa, donde solo se respira la atmósfera de la virtud.

—La prefiero con su modesta pobreza, al suntuoso palacio que me ofrece la condesa Blanca.

—¿Has visto á esta señora?

—Llevo bastantes dias en su casa, embriagándome en los placeres de su mansion digna de un rey; pero esta mañana la dije: «mis abuelos gemirán tristes y solos; mi sitio es á su lado; voy,

pues, á consolarlos con el refrigerante aroma de mi amor; así podré borrar toda la acerba amargura de la conducta de mi madre.» Y héme aquí cumpliendo mi propósito.

—¡Bienvenida!... ¡quisiéramos darte la dicha como tú se la das á nuestros tristes corazones! exclamó Adalberto.

—Y dime: ¿has visto á Ildemaro? interrogó Carmela.

—Desde el funesto día que abandoné la casa de mis padres, no le he vuelto á ver, contestó Tránsito; pero sé por la condesa que está bueno; esta señora ha tenido la amabilidad de desvanecer un error en que yo habia incurrido á consecuencia del apellido Guanter, que él lleva y Vds. tambien.

—¿Y cuál era, hija mia?

—Le creí su hijo; y por consecuencia, hermano de mi madre.

—¡Oh! no; ningún lazo de parentesco nos une; le queremos como á un hijo, porque al nacer le recibimos en nuestros brazos y no se ha separado de nosotros, habiéndonos él mirado siempre con el cariño mas puro y la mas respetuosa obediencia; atendiendo con ardiente celo á nuestra subsistencia.

—¿Y no se conocen sus padres? preguntó tímidamente Tránsito haciendo un esfuerzo por dominar su emocion.

—Le cremos hijo del conde del Olivo, aunque no es una evidencia completa la que tenemos para asegurarlo.

Tránsito sentia, cuando se hablaba del jóven pintor, una sensacion profunda; amable con intensidad, sin que pudiera decirle que su pasion correspondia á ese género volcánico y abrasador, que turbando los sentidos, conmueve el alma y la aprisiona, no; era un sentimiento dulce, tranquilo; pero que no por esto dejaba de inquietarla menos por no poder analizarle.

Durante esta larga conversacion, los ancianos habian entrado en su lindo cuartito; Rita, despues de abrazar tiernamente á su sobrina, subió al suyo, prometiendo hacerles compañía muchos ratos.

Tránsito, despojándose del rico traje de seda que llevaba puesto, se atavió sencillamente con otro de gracioso corte, pero de escaso valor, segun correspondia á la humilde posicion que voluntariamente aceptaba.

El viejo Adalberto, con la mas cariñosa solicitud, preparó para ella el gabinete; adornándole con los mejores muebles que tenían y colocando sobre las mesas y rinconeras, ramos de flores, que embalsamaban la estancia y le daban un aire encantador de virginal poesía.

La anciana Carmela se afanaba en prevenir los gustos de su querida nieta, anticipándose á sus deseos y exclamando sin cesar:

—¡Ay! ¡para completar el cuadro de nuestra dicha, solo nos falta Ildemaro!....

Empero, este afan debia en parte cumplirse; una mañana se presentó el jóven pintor en la colonia. Llegaba radiante su hermoso rostro de la mas pura satisfaccion.

—¡Hijo mio!.... ¡qué felices somos en verte por aquí! le dijeron.

—Vengo á que me feliciten Vds., dijo con emocion.

—Y porque has encontrado á tus padres.

—A mi madre todavia no, añadió el jóven suspirando.

—¿Y á tu padre?....

—A mi padre, sí; ayer, despues de haber alcanzado un premio y una medalla honorífica por un cuadro que tenia presentado á un certámen artístico, me estaba reservada la satisfaccion de abrazar al autor de mis dias, que me reconoció solemnemente por hijo delante de un numeroso concurso que me aplaudia con frenesí.

—¿Será el conde del Olivo? dijo con timidez Carmela.

—El mismo; desde ayer vivo con él en su casa de campo, y mi felicidad no hubiera sido completa si no participáran de ella los que me han servido de padres.

—¡Cuánto nos alegramos! bien sabes que nuestro cariño es sincero, desnudo de afectacion y de doblez.

—Ya lo sé; y porque lo comprendo, les amo de igual modo; ahora me falta ver á la pobre Tránsito, esa niña tan angelical y tan buena, para que participe de mi ventura.

—¡Aquí estoy, hermano mio! dijo ella presentándose en la puerta del gabinete. Héme aquí dispuesta á celebrar tu ventura con un cariño verdaderamente fraternal; pues aunque padeciésemos un

error al juzgarnos unidos con el lazo del parentesco, no por eso dejaremos de ser hermanos.

—¡Oh! sí, ¡hermanos de corazón unidos por una simpatía profunda! exclamó con entusiasta tono, levantándose sorprendido al contemplar frente á frente á la hermosa niña.

—¿No te estraña verme aquí? preguntó ella adelantándose y ocupando un asiento á su lado.

—¡Sí, en verdad! y no lo comprendo á fé.

—Muy sencillo: la borrascosa escena que presenciaste en mi casa, me lanzó de allí; fui á refugiarme en brazos de la condesa Blanca, que pudo ofrecerme un momentáneo refugio; pero despues, el mas seguro, digno y legítimo que yo debía elegir, era en esta pobre casa, al lado de mis abuelos, para que su venerable ancianidad respete y honre mi inesperta juventud.

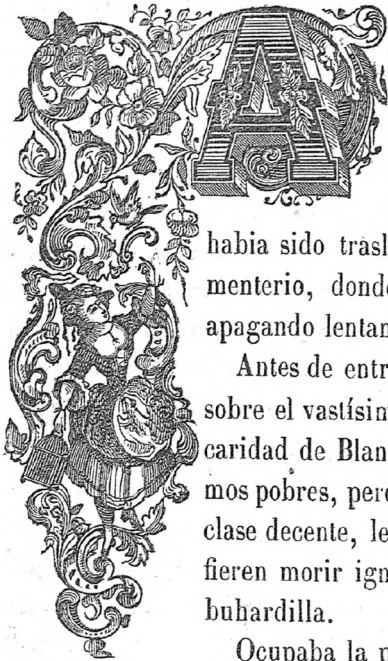
—¡Oh! ¡magnífica resolución, digna en un todo de tus nobles sentimientos! exclamó el jóven.

Luego, dirigiéndose á los ancianos, les felicitó por aquella aurora de ventura que les sonreia en el ocaso de su vida. Poco despues entró Rita con sus cuatro hijos, que limpios, bien vestidos y respirando salud y felicidad, volvian de la escuela. Besaron la mano á sus abuelos, abrazaron con su madre á Tránsito y á Ildemaro, formando despues todos reunidos y hablando cada cual una cosa distinta, segun su modo de pensar, un verdadero cuadro de familia, donde la virtud, la inocencia y el amor se aunaban en admirable y seductor concierto.



CAPÍTULO XXIII.

Un nido de amores.



El propio tiempo que esta escena de familia, tenia lugar otra no menos interesante en la misma colonia. Era en la Casa de Curación, donde la pobre Rosa-Pálida habia sido trasladada por el doctor desde el cementerio, donde su lánguida existencia se iba apagando lentamente

Antes de entrar en detalles, echemos una ojeada sobre el vastísimo establecimiento que la ardiente caridad de Blanca habia destinado para los enfermos pobres, pero que habiendo pertenecido á una clase decente, les repugna ir á un hospital y prefieren morir ignorados del mundo en una misera buhardilla.

Ocupaba la parte principal del edificio, estendiéndose sus habitaciones por la fachada que formaba la plaza. El piso bajo era un largo corredor, en el cual á un lado y á otro estaban los cuartitos destinados á los enfermos. Los de la izquierda tenian rejas á la plaza; los de la derecha al jardin. Como aun no se habitaban, hallábanse casi todos cerrados. El piso alto guardaba